

Justo, Emilio J. *La belleza del ser humano. Reflexiones desde la teología*. Salamanca: Sígueme, 2022, 141 pp. ISBN: 978-84-301-2137-3.

No resulta sencillo abordar cuestiones teológicas de calado, en las cuales la tradición ha ahondado mucho, aunando la sencillez y la claridad expositiva con la profundidad de los planteamientos. El profesor Emilio Justo lo consigue en esta obra que no tiene un ápice de superficialidad, a pesar de su brevedad.

En *La belleza del ser humano*, como su subtítulo indica, se transmiten algunas reflexiones teológicas sobre la humanidad, prescindiendo de largos desarrollos teóricos e históricos, casi sin acudir a bibliografía secundaria (a excepción de algunas referencias interesantes) y a modo de síntesis sistemática. Por ello resulta muy útil para quien se acerca a la antropología cristiana por primera vez: aquí encontrará las tesis principales, planteadas desde el diálogo con la cultura actual (es de valorar la capacidad que tiene el autor de incorporar ese marco ambiental sin perderse en discusiones de detalle) y de una manera muy asequible.

El ensayo se encuentra dividido en seis capítulos, precedidos de una introducción sobre el misterio del ser humano y seguidos de un breve epílogo sobre el amor que lo hace bello. Cada capítulo aborda una cuestión concreta y está compuesto por epígrafes que a su vez tratan sobre aspectos muy precisos también (de hecho, todos los apartados dentro de cada capítulo están titulados con una única palabra). Esto facilita el acceso a la información, especialmente para quien no tiene muchos conocimientos teológicos previos. No obstante, esta elección metodológica no supone una atomización del pensamiento. Todas las cuestiones están relacionadas con las demás y el texto fluye de unas a otras sin brusquedad.



El primer capítulo trata sobre el ser humano como “Un ser creado” a imagen de Dios y todo lo que ello supone. El segundo aborda “La persona humana” en su singularidad, corporalidad, libertad, amor y misión. Las reflexiones en torno a la personalidad, en diálogo con corrientes como el transhumanismo, resultan clarificadoras y suscitan el deseo de seguir profundizando.

Después, el autor dedica un capítulo a “La fragilidad” humana, que incluye su finitud, su vulnerabilidad, la muerte y el mal. De nuevo, a pesar de la brevedad que deja con ganas de más, hay algunas distinciones interesantes que ayudan a pensar las distintas categorías con los matices adecuados.

El capítulo siguiente, “Un ser que piensa”, incluye varios aspectos relacionados con la capacidad racional del ser humano: la palabra, la ciencia, el pensamiento y la creatividad. El quinto aborda “La estructura comunitaria” del ser humano y trata, a su vez, sobre su condición relacional, la solidaridad, la comunidad y la política. Es de justicia reconocer que la dimensión relacional del ser humano no aparece únicamente en este capítulo, sino que se ha ido apuntando a lo largo de todas las páginas precedentes, si bien aquí tiene un desarrollo más extenso y específico.

Por último, el capítulo sexto se titula “La dimensión teologal” y trata sobre la espiritualidad humana, la experiencia de Dios como experiencia de salvación y apertura a la eternidad. Podríamos decir que forma una cierta inclusión con el primer capítulo, donde se concebía al ser humano como creado por Dios. Aquí se le retrata como un ser cuyo destino está también en Dios.

El epílogo, de carácter más sugerente y en clave estética y espiritual, recapitula todo lo anterior, subrayando las ideas que para el autor son centrales y reiterando el aspecto teologal que ha apuntado en el capítulo previo.

Como hemos ido señalando, es un libro que, a la par que clarifica y pone orden y sencillez en cuestiones que no son fáciles, va dejando deseos de profundizar y preguntas abiertas. Se nota que son temas en los que el autor ha profundizado por extenso en otros trabajos y que aquí nos ofrece la síntesis más «desnuda», el destilado último, por decirlo así, de su pensamiento.

Ciertamente, toda opción supone un límite: el lector con una mayor formación teológica puede echar en falta más desarrollo en algunas cuestiones con las que surge el deseo espontáneo de dialogar, e incluso puede tener la sensación de que el ensayo adopta a veces un tono más bien escolar. Por mi parte, lo que he echado más en falta es un desarrollo un poco mayor de la cuestión estética, siendo así que se ha elegido la palabra «belleza» para el título del ensayo. En todo caso, se trata de un buen libro para iniciarse en la antropología teológica o para recordar de forma sintética algunas de las principales cuestiones clave de esta disciplina de un modo ameno, claro y que suscita interrogantes.

MARTA MEDINA BALGUERÍAS
Universidad Pontificia Comillas
mmedina@comillas.edu